

lista de las pensiones dadas á los escritores y en ella se había asignado la suma más importante por ser el mayor poeta del reino.

Los sentimientos de la Academia francesa acerca del Cid aparecieron en 1638. Forman un volumen cuatro veces mayor que el de la obra y constituyen un examen reparón y minucioso hecho verso por verso, y se resume en esta conclusión :

En resumen, aunque el asunto del *Cid* no es bueno, aunque es defectuoso su desenlace y está cargado de episodios inútiles y aunque en muchos versos y locuciones impuras se falta á las conveniencias del lenguaje, sin embargo la candidez y vehemencia de sus pasiones y el vigor y delicadeza de varios de sus pensamientos, le han conquistado un lugar considerable entre los poemas franceses de este género que más han gustado. Si su autor no debe toda la reputación á su mérito, tampoco la debe toda á su buena suerte y, si la fortuna se le ha mostrado pródiga, la naturaleza ha sido con él bastante liberal para justificar el favor de la fortuna.

Los académicos perdieron el tiempo, pues nadie quedó contento. No era aún bastante severo para lo que quería el Cardenal y lo era demasiado á los ojos del público, que se obstinaba en admirar la obra según dice Boileau.

La admiración ha continuado y esta hermosa tragedia no ha perdido un átomo de su gloria. Napoleón I la tenía en la mayor estima. Vióla un día mal representada, pues hacía de Rodrigo un principiante y los demás papeles estaban á cargo de los actores Naudet, Lacave, Gros y Varenne. Quedó muy descontento, refiere la *Macedonia literaria*, y llamó al Sr. de Rémusat para imponerle la distribución siguiente: Rodrigo, Talma; Don Diego, Monvel; Don Gormaz, Saint-Prix; el Rey, Lafond; y Jimena, la famosa actriz Srta. Duchesnois.

La querrela del *Cid* fué uno de los grandes acontecimientos de la biografía de Corneille como también uno de sus más grandes pesares. Poco después recibió el desquite con la ejecutoria concedida á su padre. Pero por algún tiempo se retiró del teatro y no volvió á él hasta 1640 con dos nuevas obras maestras, *Horacio* y *Cinna*.

Puede ser también que este retraso y silencio obedeciesen á que se había casado. El matrimonio de Corneille nos recuerda una anécdota divertida. Estaba enamorado de la hija de un teniente general de los Andelys, la Srta. de Lampérière, cuyo padre se oponía al matrimonio. Viendo Richelieu un día á Corneille triste y pensativo, quiso conocer la causa de su melancolía. Habíanse reconciliado después del asunto del *Cid*. Corneille le confesó su amor desgraciado. El Cardenal mandó llamar entonces al Sr. de Lampérière y cuando llegó á los Andelys el correo de su Eminencia Roja, se dió por perdido el desdichado caballero. No sospechando el motivo de aquella convocatoria imprevista y urgente, se figuró las mayores desgracias y hasta llegó á verse

encerrado para el resto de sus días en la Bastilla. Presentóse temblando ante el terrible Cardenal y cuando supo que sólo se exigía de él que concediese la mano de su hija á Corneille, se sintió libre de un gran peso y dió con el mayor gusto su consentimiento, considerándose muy feliz con salir del paso á tan poca costa.

No habían terminado los incidentes. El día de la boda se vió Corneille atacado de un síncope y, como no volvía en sí, circuló el rumor de su muerte. El poeta Ménage compuso inmediatamente su epitafio en latín. Pero desmentida la noticia y habiendo recobrado la salud Corneille, Ménage se apresuró á componer un nuevo poema latino al que dió por título: *Corneille resucitado*.

Por aquella época frecuentaba Corneille el hotel de Rambouillet y los salones de las Preciosas. Cuando el duque de Montausier, que fué quince años novio de la hija de la marquesa de Rambouillet, Srta. Julia d'Angennes, le ofreció, según hemos dicho, un soberbio álbum de flores pintadas, llamado la Guirnalda de Julia, figuraron en ella no pocos versos de Corneille. La primera lectura de *Poliuto* tuvo lugar en la Cámara Azul, punto de reunión de las Preciosas en el hotel de Rambouillet. El resultado no fué favorable, pues leía mal y tenía poco desembarazo en su persona. La Bruyère le pinta como hombre sencillo, tímido y de conversación fastidiosa.

Vigneul de Marville nos confía que la primera vez que le vió, le tomó por un tendero de Ruán. Su sobrino Fontenelle dice que era alto, descuidado en su traje, con una gran nariz y un rostro agradable. No pronunciaba bien; era rudo y melancólico, tenía el alma altiva y poco dócil y el espíritu bastante práctico. Charpentier decía :

Corneille, con su jerga normanda, os dice francamente que maldito lo que le importan los aplausos si no van seguidos de algo más solido.

El mismo se daba cuenta de su escasa urbanidad, pues decía de sí en un billete dirigido á Pellissón :

J'ai la plume féconde et la bouche stérile ;
Bon galant au théâtre et fort mauvais en ville ;
Et l'on peut rarement m'écouter sans ennui
Que quand je me produis par la bouche d'autrui !

Cuando sus amigos, que deseaban verle perfecto en todo, le hacían notar lo descuidado de su traje, sonreía y decía : « No por eso dejo de ser Pedro Corneille. »

1. Es mi pluma fecunda, pero mi boca estéril ;
Buen galán en las tablas, pésimo en sociedad,
Á no ser que otra boca, en mi lugar, recite,
No es posible, sin tedio, mis versos escuchar.

La serie de sus obras llena los años siguientes: *Poliuto* en 1643; *Pompeyo* y *el Mentiroso* « hechos al mismo tiempo », en el invierno de 1644; la continuación del *Mentiroso*¹, en 1644; *Rodoguna*, en el invierno de 1644-1645, y *Teodora*, en 1645.

La supremacía de Corneille en el teatro no era ya discutida por nadie y Rotrou, en su tragedia de *Saint-Genest* (*San-Ginés*), hacía constar el éxito de *Cinna* y de *Pompeyo*.

El favor puso el colmo á la fortuna de Corneille, que fué elegido miembro de la Academia francesa, en 1647, mientras el pintor Lebrún pintaba su famoso retrato vulgarizado por el grabado.

Su discurso á la Academia no agrega nada á su gloria; su estilo es embarazoso, la humildad del mismo exagerada, y no se muestra muy feliz en la elección de expresiones; habla de su escaso mérito y de las manchas de fango que lleva. Su alegría es una « liquefacción interior » que le impide expresarse. En resumen, el discurso es indigno de su genio.

Las turbulencias de la Fronda ahogaron, bajo el ruido de las armas, los sonidos de la lira. Callóse el poeta y se hizo funcionario. En efecto desempeñó un cargo público, pues fué nombrado procurador de los Estados de Normandía, en reemplazo de un agente del duque de Longueville, gobernador de esta provincia, durante el tiempo que éste estuvo preso por haber tomado parte en la Fronda, en 1650.

En 1651 dió Corneille su *Nicomedes* y, después del fracaso de *Pertarita*, en 1652, permaneció algunos años alejado de la escena. Vivía apaciblemente retirado en Ruán donde trabó conocimiento con Molière que entonces era modesto principiante en provincias.

En aquel momento, el célebre superintendente Fouquet, famoso por su fausto y su caída, alentó á Corneille á volver al arte dramático y éste le respondió animosamente « que se sentía con la misma audacia y fuego que antes y que sólo le pedía que le indicase un nombre histórico para colocarlo en el templo de la gloria ». Fouquet propuso la leyenda de *Edipo* y Corneille la trató con el mayor éxito. El Rey favoreció á Corneille y le dispensó muchas liberalidades; en agradecimiento, el poeta compuso para María Teresa de Austria una sextilla que Lambert puso en música, y celebró el matrimonio del Rey en el prólogo del *Toisón de Oro*.

Esto tenía lugar en 1660, época en que surgió una nueva querrela á propósito de un libro nuevo, de un tratado de arte dramático, de ideas estrechas y de principios exclusivos, la *Práctica del Teatro* del Abate d'Aubignac. En él se desaprobaba la poética de Corneille, el cual respon-

1. Cuando Corneille imitó, en su *Menteur, la Verdad sospechosa* de Alarcón, atribuyó esta comedia á Lope de Vega. Alarcón se vió obligado á protestar. (N. del T.)

dió de dos maneras: primero agregando á cada una de sus piezas en la nueva edición que de ellas dió, un *Examen*, ó estudio muy interesante en que el autor critica y juzga él mismo los defectos y cualidades de su obra. La colección de estos *Exámenes* de Corneille forma un conjunto muy importante de juicios y preceptos relativos no sólo á sus tragedias sino también al arte dramático en general. Es bastante raro ver á un autor ser á la vez creador y juez. Ambas atribuciones exigen cualidades muy diversas y pocos escritores incluso el mismo Víctor Hugo han sabido llenarlas.

La segunda respuesta de Corneille al abate d'Aubignac fué la publicación de tres *Discursos sobre la Poesía dramática*. Versaba el primero « sobre la utilidad y las partes del poema dramático »; el segundo, « sobre la tragedia y los medios de tratarla según la verosimilitud ó la necesidad »; y el tercero « sobre las tres unidades de acción, de tiempo y de lugar ». Esta última cuestión de las tres unidades era capital, pues el abate d'Aubignac la comprendía en el sentido más estrecho y literal, pretendiendo, como Boileau, « que la acción se verificase en un solo día y en un solo lugar y que sólo hubiese una acción ».

Censurábase el *Cid* por haber faltado á la unidad de lugar, pues la acción tiene lugar ya en el palacio real, ya en la habitación de Jimena, ya en la calle. Tampoco se veía respetada la unidad de tiempo que exigía que toda la acción se realizase dentro de las veinticuatro horas. Ahora bien, era inverosímil que en veinticuatro horas hubiese matado Rodrigo al conde en duelo y rechazado una invasión de los moros; era mucho trabajo para tan poco tiempo. Los tres *Discursos* de Corneille y sus *Exámenes* constituyen una lectura indispensable para el que pretenda estudiar el arte dramático.

Por esta época abandonó Corneille á Ruán para trasladarse á París. En 1675 habitaba calle de Cléry en la parroquia de San Eustaquio. No dejaba de escribir obras nuevas, ya dramáticas, ya de carácter piadoso. Se hallaba en el apogeo de su gloria. Por aquella época regalaron á Mazarino un mueble adornado con cuatro medallones que representaban á los cuatro poetas más grandes: Homero, Virgilio, el Taso y Corneille. No podía haber homenaje más lisonjero para él.

Habiendo ido una noche Corneille á la Comedia, á donde no asistía desde hacía dos años, los actores suspendieron espontáneamente la representación; el gran Condé, el Principe de Conti y cuantos en general ocupaban los palcos, se levantaron; los del patio se distinguieron por sus aplausos y aclamaciones que se renovaron en los entreactos. Semejantes pruebas de tan gloriosa distinción debieron causar gran embarazo á un hombre cuyo mérito competía con su torpeza. Si Corneille hubiera podido prever aquella especie de triunfo, es seguro que se hubiera abstenido de asistir al teatro.

Era aquél el último destello de su gloriosa vida. Después de *Edipo*, dió el *Toisón de oro* (1661), *Psiquis* y *Sertorio* (1662). Asistiendo á esta última obra, exclamó Turena repetidas veces: « ¿ Dónde ha aprendido Corneille el arte de la guerra? » Vinieron luego *Sofonisbe* (1663), y *Otón* (1663). El mariscal de Grammont decía de esta pieza que debería ser el Breviario de los reyes. El Sr. de Louvois añadía que para juzgarla haría falta un público de ministros de estado. El *Agésilao*, en 1666 no agradó tanto. Voltaire escribió:

Atila apareció por desgracia el mismo año que *Andrómaca*. La comparación no contribuyó á realzar la gloria de Corneille; veíase que iba bajando y que Racine se elevaba: había llegado la hora de retirarse y era el partido que debía adoptar. Las bromas de Despréaux debían advertirle que era preciso abandonar la pluma ó trabajar con más cuidado.

El joven Racine acababa de aparecer y sus primeros triunfos anublaron la vejez del viejo Corneille. El público se dividió en dos bandos muy encarnizados, racinianos y cornelianos.

Tito, *Pulqueria* y *Surena* pusieron el sello á esta agonía literaria.

Despidióse del teatro y de las Musas, que le habían inspirado, además de sus obras dramáticas, algunas odas ó poemas, *Al Rey*, *la Poesía á la Pintura*, *Alabanzas de la Virgen*, *Al Cardenal de Richelieu*, *Al Cardenal de Mazarino*, algunas traducciones sagradas, etc.

Cuando la desgracia hiere á un hombre, no le deja un momento de tranquilidad. Corneille pudo experimentarlo; uno de sus hijos fué herido en el sitio de Douai; llevaronle en una camilla á casa de su padre. Cayó parte de la paja delante de la puerta y el viejo Corneille, al recibir á su hijo moribundo, cometió el crimen de distraerse hasta el punto de no pensar en mandar que barriesen inmediatamente la paja caída. Los agentes del teniente de policía le denunciaron y fué condenado á pagar una multa.

En 1670, Enriqueta de Inglaterra puso en pugna al viejo Corneille y á Racine haciéndoles tratar á ambos el mismo tema de *Tito y Berenice*; la tragedia de Racine resultó muy superior.

En 1674, el hijo de Corneille, que había curado de la herida recibida en Douai, volvió al servicio y fué muerto en la batalla de Graves.

Las últimas tragedias del poeta eran verdaderos fracasos. Habían dejado de pagarle la pensión y dirigía las más latimosas reclamaciones á Colbert, resultando de ellas que Corneille se vió en el más injusto desamparo. En el siglo xvii¹ el oficio de autor no daba de comer y no producía más que lo que daban de sí las dedicatorias. Hay que esperar sin embargo que hay algo de exageración en la leyenda de la miseria de

1. En uno de sus sonetos, dirigido á Felipe IV en demanda de protección, decía Lope de Vega:

Las musas dan honor, mas no dan renta.

Corneille en su vejez. Se ha llegado hasta contar que sólo tenía un par de zapatos y que tenía que esperar en la tienda del zapatero de viejo á que le cosiesen el zapato roto. Á este propósito existe una carta de un amigo escrita en 1679. Corneille tenía entonces setenta y tres años y vivía en la calle de Argenteuil. He aquí lo que dice:

Ayer vi al señor Corneille, nuestro pariente y amigo, que está bastante bien para la edad que tiene y me rogó que os hiciese presentes sus cariñosos recuerdos. Salimos juntos después de comer y al pasar por la calle de la Parcheminerie, entró en una tienda para que le arreglasen un zapato que se había descosido; sentóse en una tabla y yo á su lado y, cuando el obrero acabó, le entregó tres monedas que tenía en el bolsillo. Cuando nos retiramos, le ofrecí mi borsillo pero no quiso aceptarlo ni en todo ni en parte; no he podido menos de llorar al ver á tan gran genio reducido á tan gran miseria.

Teófilo Gautier puso este episodio en verso. Una noche de gran recepción, en casa de Delfina Gay — Sra. de Girardin, — refirió que, teniendo encargo de escribir unos versos para el aniversario de Corneille que se acercaba, se hallaba en el mayor apuro pues no encontraba ningún asunto que le agradase.

— ¿ Por qué no canta Ud., dijo Víctor Hugo, al autor del *Cid* haciendo componer sus zapatos en una humilde tienda de zapatero?

Gautier se apresuró á seguir el consejo y compuso, con la indicada anécdota, un delicioso poemita.

Sin embargo nada hay tan problemático como la miseria de Corneille. Desde 1681 hasta 1684, año de su muerte, se representaron obras suyas ciento setenta y cinco veces. *Andrómada* tuvo en 1682-1683 cuarenta y cinco representaciones seguidas con el máximo de entrada; la edición del libro produjo bastante. En 1683 fué puesto nuevamente en escena con gran éxito, durante treinta y cuatro noches, el *Toisón de Oro* que debió producirle bastante. Con todo esto no le faltaron seguramente recursos para comprar un par de zapatos.

En 1680, escribió Corneille con motivo del matrimonio del Delfín una epístola conmovedora y triste, y el 10 de noviembre de 1683 vendió su casa de Ruán.

Se hallaba escaso de recursos. Boileau fué á pedir al Rey que pagasen con regularidad la pensión del pobre poeta, y Luis XIV le envió 200 luises. Corneille murió poco después en la noche del 30 de septiembre al primero de octubre de 1684. La Academia costeó sus funerales. Era director el abate de Lavau cuyas funciones expiraban el último día del mes, debiendo sucederle Racine. Como la oración fúnebre de un académico debía estar á cargo del que era director en el momento de la muerte hubo una cortés discusión entre Racine y el abate Lavau para saber á quién le correspondía el honor de pronunciar el elogio. Triunfó

el abate, pero Racine se desquitó poco después cuando, respondiendo á Tomás Corneille, nombrado miembro de la Academia francesa, aprovechó la ocasión para tributar el más brillante homenaje á la memoria de su ilustre rival, y las alabanzas que le consagró hacen tanto honor al genio del difunto como á la generosidad del superviviente. He aquí un pasaje de este elogio :

¡ En qué estado se hallaba la escena francesa cuando Corneille empezó á trabajar ! ¡ Qué desorden ! ¡ Qué irregularidad ! No había el menor gusto ni el menor conocimiento de las verdaderas bellezas del teatro ; los actores eran tan ignorantes como los espectadores ; la mayor parte de los asuntos eran extravagantes y faltos de verosimilitud ; no había en las obras teatrales ni costumbres, ni caracteres ; la dicción era aún más viciosa que la acción, y constituían su principal adorno los chistes y los miserables retruécanos ; en una palabra, se violaban constantemente todas las reglas del arte y también las de la honradez y de la benevolencia.

En esta especie de infancia, ó mejor dicho caos, del poema dramático, Corneille, después de haber buscado algún tiempo el buen camino y luchado, si se me permite la frase, contra el mal gusto de su siglo, inspirado al fin por un genio extraordinario y auxiliado por la lectura de los antiguos¹, hizo ver en la escena la razón, pero acompañada de toda la pompa y adornos de que es capaz nuestra lengua ; puso felizmente de acuerdo la verosimilitud y lo maravilloso y dejó muy atrás á todos sus rivales, la mayor parte de los cuales, desesperando de poder colocarse á su altura y no atreviéndose á disputarle el premio, se limitaron á combatir la voz pública declarada en su favor é intentaron en vano, con sus discursos y críticas frívolas, rebajar un mérito que no podían igualar. Aun resuenan en la escena las aclamaciones que produjeron á su aparición el *Cid*, *Horacio*, *Cinna* y *Pompeyo*, esas obras maestras representadas luego en tantos teatros, traducidas en tantas lenguas y que vivirán para siempre en boca de los hombres. Á decir verdad ¿ dónde se encontraría un poeta que poseyese á la vez tan variados talentos y tan excelentes dotes : el arte, el vigor, el juicio, y el ingenio ? ¡ Qué nobleza y qué admirable disposición en los asuntos ! ¡ Qué vehemencia en las pasiones ! ¡ Qué gravedad en los sentimientos ! ¡ Qué dignidad y, al mismo tiempo, qué prodigiosa variedad en los caracteres ! ¡ Cuántos reyes, príncipes y héroes de todas las naciones nos ha presentado, siempre como debían ser, siempre conformes consigo mismos y nunca parecidos unos á otros !

Además de todo esto, obsérvase en él una magnificencia de expresión digna de los señores del mundo á quienes con frecuencia hace hablar, y capaz, no obstante de bajarse, cuando lo desea, hasta las más sencillas candidices del género cómico en el que es también inimitable ; por último, lo que le distingue de un modo especial es cierto vigor, cierta elevación que sorprende, que arrebató, y que hace más estimables que las virtudes de los demás hasta sus defectos, si es que se le echan algunos en cara. Era un personaje verdaderamente nacido para la gloria de su país y que puede compararse, no diré ya con todo lo mejor que tuvo en el género trágico la antigua Roma, puesto que ella misma confiesa que no fué en este género muy afortunada,

1. Tanto ó más que los antiguos, le aprovecharon los dramáticos españoles, cuya lectura estudio é imitación contribuyeron tan poderosamente á su gloria. (N. del T.)

sino con los Esquilos, los Sófocles y los Eurípides, con que se enorgullece la famosa Atenas, no menos que con los Temístocles, Pericles y Alcibíades, contemporáneos de aquéllos.

Por mucho que la ignorancia rebaje la elocuencia y la poesía y por mucho que tache á los escritores hábiles de gente inútil en el Estado, no temeremos afirmar en defensa de las letras que, desde el momento que algunos espíritus sublimes que exceden con mucho los límites comunes, se distinguen y se immortalizan con obras maestras, por mucha desigualdad que haya establecido durante su vida la fortuna entre ellos y los más altos héroes, después de la muerte cesa semejante diferencia. La posteridad, que se complace y se instruye con las obras que ellos le dejaron, no tiene dificultad en igualarlos con los hombres que más se han distinguido y coloca sobre el mismo pedestal al excelente poeta y al capitán ilustre. El mismo siglo que hoy se glorifica por haber producido á Augusto, no se glorifica menos por haber producido á Horacio y á Virgilio. Por eso, cuando en las edades venideras se hable con admiración de victorias prodigiosas y de todo cuanto ha de hacer á nuestro siglo digno de la admiración de los siglos futuros, podemos estar seguros de que Corneille ocupará el puesto que le corresponde entre todas estas maravillas. Francia recordará con orgullo que, bajo el reinado del más grande de sus reyes, ha florecido el más grande de sus poetas¹.

Esto equivalía á hablar el lenguaje de la posteridad. No hay nota discordante en el concierto de elogios con que los ingenios más grandes han celebrado la obra de Corneille por su inspiración elevada, generosa, sublime y sobrehumana. La Bruyère la ha señalado con rasgos llenos de precisión y exactitud, dictando acerca de él un fallo que el porvenir ha aceptado y repetido con frecuencia :

Corneille no puede ser igualado en los pasajes en que sobresale ; tiene en ellos un carácter original é inimitable ; pero es desigual. Sus primeras comedias son secas y lánguidas, y no permitan esperar que hubiese de elevarse tanto, de igual suerte que sus últimas obras hacen que nos maravillemos de que haya podido caer tan bajo. En algunas de sus mejores obras hay faltas inexcusables contra las costumbres, un estilo declamatorio que paraliza la acción y la hace languidecer, y negligencias en los versos y en la expresión que no son fáciles de comprender en hombre tan grande. Lo más eminente que hay en él es el ingenio, que era sublime y al que debe algunos de los más felices versos que hayan podido leerse nunca, así como la buena dirección de su teatro que á veces ha quebrantado las reglas de los antiguos, y en fin lo acertado de sus desenlaces ; porque no siempre se sujetó al gusto de los griegos y á su sencillez ; prefirió por el contrario acumular en la escena acontecimientos de que casi siempre salió con éxito ; es admirable además por la extremada variedad y la poca relación que existe, en cuanto al propósito, entre el gran número de poemas que ha compuesto.

Todos los contemporáneos que no se sentían envidiosos ni eran víc-

1. Desde muy antiguo ha existido notable competencia entre las armas y las letras. Recuérdese el hermoso discurso de Don Quijote en el Capítulo xxxviii de la 1.ª parte. También el italiano Boechi escribió un discurso sobre el mismo asunto y, antes que él (1549), escribió un curioso libro en latín sobre el mismo tema, el valenciano Juan Angel González. (N. del T.)

timas de preocupaciones, pensaban de igual modo. Escúchese lo que dice Boileau :

Su genio parecía inclinarse en un principio hacia lo tierno, lo conmovedor y lo apasionado, si hemos de juzgar por el *Cid* y por algunos versos de la *Ilusión Cómica*; pero su vocación natural le arrastraba hacia lo grande y lo maravilloso; y el amor, que consideraba como pasión frívola, no entraba sino por sorpresa en la mayor parte de sus tragedias. Parecía desdeñar la ternura por miedo de que envileciese su estilo acostumbrado á las más brillantes sublimidades.

Oigamos á madama de Sévigné muy apasionada de Corneille :

¡ Viva nuestro viejo amigo Corneille! Perdonémosle algunos malos versos á cambio de las divinas y sublimes bellezas que nos transportan. Son rasgos inimitables de mano maestra. En una palabra representa el buen gusto y á esto habéis de ateneros.

En el siglo XVIII llegó á tal punto la admiración de Voltaire que adoptó, dotó y casó á la descendiente del que él llamaba su general, y editó y comentó sus obras, diciendo que el único comentario que debía escribirse al pie de cada página eran las siguientes palabras : ¡ Hermoso, sublime, divino!

Corneille debe á su grandeza, á su poderoso genio y á su elocuencia, el haber domado hasta á los más feroces románticos, que le excluyeron de su odio ó de su desdén hacia los clásicos del gran siglo. Su entusiasmo fué tan grande que excedió la medida y dió más de lo que se le pedía, poniendo á *Agésilao* y á *Atila* al nivel del *Cid*, sin duda para vengarse de Boileau á quien no perdonaban haberse burlado de ambas obras en unos versillos que calificaron de estúpidos. Corneille les agradó por su libertad de ademanes y por el recuerdo que había recibido, y que conservaba, de los hábitos de la época anterior.

Colocado felizmente en la confluencia, por decirlo así, de las ideas del siglo XVI y del XVII, entre Boileau que estaba para llegar y Régnier que desaparecía, reunió Corneille las cualidades y defectos de ambas épocas y esto solo le da una poderosa originalidad. Mediante la elevación de los hermosos pasajes del *Cid*, de *Cinna* y de los *Horacios*, protesta contra la hinchazón y el preciosismo de sus predecesores inmediatos y pertenece á la escuela puritana, mientras que por su libertad de ademanes y su independencia de forma rompe abiertamente con los ñoños imitadores de Malherbe y da la mano á la Pléyade. Era bastante natural que los que despreciaban á Ronsard despreciasen el *Otón*, *Atila*, *Agésilao* y *Surena*, pero es también muy natural que nosotros, que tenemos á Ronsard por un gran poeta, no aceptemos semejantes juicios acerca de estas obras.

Corneille pertenece á la familia de poetas libres del siglo XVI y fatalmente tuvo que ser rechazado por la reducida cohorte de rimadores con peluca.

He aquí dos versos que hallo en la escena primera de su primera tragedia :

Mais je te parle en vain, et l'aube, de ses rais,
A déjà reblanchi le haut de ces forêts¹.

Es incontestable que el alumno de Campistrón que hubiera dicho : *y ya de Febo la sagrada luz*, debió encogerse de hombros, ante el alba que vuelve á blanquear.

En la misma obra :

... Et le soleil, de ses rayons, essuie

Sur ces moites rameaux le reste de la pluie².

¿ No son estos versos del más puro Ronsard, de aquel poeta que se precipitó desde tan alto ?

¿ Pues qué diremos de la magnífica túnica de Medea pintada en estos versos :

Jamais éclat pareil

Ne sema dans la nuit les clartés du soleil³!

(A. ROLAND).

También en el extranjero se le aprecia de común acuerdo, y la admiración es siempre sincera aun cuando no siempre vea claro.

Enrique Heine dice hablando de Racine :

¿ Quién sabe el número de gloriosas acciones á que han dado origen los tiernos versos de Racine? Los héroes franceses que yacen enterrados en las Pirámides, en Marengo, en Austerlitz, en Jena y en Moscú habían oído los versos de Racine y su emperador los había escuchado de labios de Talma. ¿ Acaso fué Eurípides un poeta más grande que Racine? Lo ignoro, pero en cambio sé que este último fué un manantial vivo de entusiasmo que ha inflamado el valor con el fuego del amor y que ha embriagado, arrebatao y ennoblecido á todo un pueblo.

Esta opinión es sorprendente y muy discutible, si se habla de Racine. No hay más que cambiar un nombre, pues precisamente esto es lo que se ha dicho de Corneille.

La lectura de su teatro eleva y ennoblece. El respeto del deber, el sacrificio en aras de la justicia, de la fe, del patriotismo y de la familia : no hay lecciones más sublimes ni que más merezcan difundirse. El que supo dar vida á estas grandiosas ideas tenía en verdad un alma grande y hermosa.

Viejo y desalentado, retirado del teatro, decía : « Mi poesía se ha ido con mis dientes. » Tenía derecho al descanso después de tantas obras

1. Pero en vano te hablo, y el alba con sus rayos
Ya de nuevo blanquea la cima de estos bosques.

2. Y ya el sol con sus rayos en las húmedas ramas
Las huellas va enjugando de la pasada lluvia.

3. Ni un fulgor semejante
Del sol las claridades jamás sembró en la noche.